Cuando Norwick Hill se vistió de rojo

Mon D'Meish

Capítulo 1

Entre las rocosas montañas pobladas por un manto blanco de nieve, bajo la humedad de las enormes y espesas nubes grises, a 790 kilómetros de la ruta principal donde todos los autos transitan y rodeada por un enorme bosque, se encuentra el poblado de Norwick Hill.

Célebre por sus grandes festividades en los años 70 y 80, tras la construcción de la nueva carretera fue perteneciendo paulatinamente en esas ciudades viejas y poco atractivas de los Estados Unidos, junto con otras ciudades aledañas.

Al entrar al poblado un enorme cartel verde olivo lleva escrita la palabra Bienvenidos en cursiva. Es curioso; la cordialidad de la palabra queda muy por debajo debido al óxido provocado por la humedad. Adentrándose más por la calle, se encuentra el enorme parque, lugar donde las celebraciones se llevaban a cabo. Alrededor del parque cuatro calles separan los almacenes, librería, salón de belleza, el pequeño colegio, restaurantes, comisaría, parque de bomberos y más. Todo va en torno al gran parque que alguna vez gozó de tanta vida...

Más allá de lugares comunitarios, se encuentran las casas de los habitantes. Hogares de diferentes formas y tamaños, cada una respetando los latifundios impuestos por el ayuntamiento de la ciudad. La mayoría de estas casas fueron construidas desde hace años, alejándose de la estructura minimalista de las casas modernas. De paredes con tapiz floreado, piso de madera crujiente, muebles apolillados y oscuridad nata, cada casa tiene aspecto de albergar un terrorífico secreto.

Es en una casa situada al final de la calle Marshall en donde una noticia reciente ha despertado el desconcierto de los habitantes: Skyler Anthony, hija del candidato a la alcaldía, Sawyer Anthony, desapareció la noche del viernes 25 de julio tras asistir a una fiesta.

Su desesperado padre, tras obtener una respuesta negativa a la denuncia de desaparición, ha contactado a todos sus conocidos solicitando ayuda en la búsqueda de su única hija.

Fue en una de estas llamadas que contactó con Harold Simone, su viejo amigo y antiguo ciudadano de Norwick Hill, quien aceptó formar parte y ayudarlo.

Y es así como yo, por consecuencia, he sido obligada a sumarme a la búsqueda.

Son las 9:00 de la mañana. Mi padre aparca el auto frente a la enorme casa de los Anthony, quita la llave y luego se desabrocha el cinturón de

seguridad. Yo me quedo siguiendo sus movimientos sin hacerme ánimos de hacer más. El silencio se cuece cuando la mirada cansada de mi padre se cierne sobre mí. Es hora del discurso de buen comportamiento.

—Cambia la cara —dice en un tono que no logro entender si es autoritario o sugerente—. Yo sé que no tienes buenos recuerdos, pero estamos aquí porque tu amiga está desaparecida.

—Examiga. Y ella no está desaparecida, se fugó. Estoy segura de eso.

—Es importante brindar nuestra ayuda, se lo debemos a Sawyer —continúa, haciendo caso omiso a mi creencia—. Sabes que él estuvo siempre dispuesto a colaborar con los tratamientos de tu madre. Si no quieres hacerlo por ella, hazlo por su padre. Sawyer haría lo mismo por mí si tú fueras la desaparecida.

Las cejas de papá están arqueadas y arrugan su frente más de lo normal. Sus líneas de expresión se marcan con el contraste de la luz natural de afuera y lo sombrío del auto. Me sonríe de manera forzada, aguardando mi respuesta asertiva.

Dejo escapar el aire entre mis dientes en lo que parece una risa torpe.

—Tienes un pésimo don de convencimiento, papá. No, pésimo es decir poco, horrendo será. —Comienzo por quitarme el cinturón.

—Ajá, pero aquí estás: sentada junto a mí en Norwick Hill.

—Lamentablemente sí. La buena noticia es que traje mi cámara.

—Sé cautelosa con lo que grabas. —Tras la advertencia, se inclina sobre su asiento para coger mi mochila del asiento trasero. Ha guardado mi celular dentro y me la ha quitado en el camino porque dijo que estaba más atenta a los videos de YouTube que a la conversación trivial sobre los clientes de su trabajo. No es como si en la carretera gozara de buena conexión a internet, con suerte los videos me han cargado.

Apenas bajamos del auto la puerta principal de la casa se abre. En un gesto involuntario me giro y finjo no haberme dado cuenta que el padre de Skyler ha salido a recibirnos. De manera lenta, me cuelgo la mochila al hombro y voy hacia el maletero del auto para coger mi maleta, la cual es el doble de grande que la de papá. Por encima de la puerta del maletero echo un vistazo rápido a la figura alta y maciza que nos recibe.

—Harold, qué bueno que llegaste —saluda el padre de Skyler. Su voz es áspera y profunda, muy diferente a la de papá. Es el tipo de voz que te

hace suponer su personalidad autoritaria al instante.

—Sawyer…, lamento mucho por lo que estás pasando. —Papá se acerca su viejo amigo para socorrerlo con un abrazo sonoro—. ¿Cómo estás?

—Este calvario no se lo doy a nadie —alcanzo a escuchar—. Me alegro de que estés aquí, amigo.

Cierro el maletero, lo que sirve para que ambos padres se separen. Ahora el señor Anthony me mira. Sostengo la mirada en lo que una vaga imagen de su apariencia llega a mí de manera rápida.

—Harrell, mira qué grande estás.

¿Grande? Pues no mucho, no paso del metro cincuenta.

Camino y me pongo junto a papá para saludarlo.

—Señor Anthony… —Siento la mirada de papá a mi lado y su voz en mi cabeza que dice: "sé empática, compasiva y comprensiva, no digas lo primero que se te venga a la cabeza"—. Siento lo de Skyler.

—Es un momento difícil. Tú, como su amiga, también debes estar afectada.

Quiero decirle que en mi última conversación por chat con Skyler le dije que estaba deseosa que desapareciera o muriera. No sabía que mis palabras profetizadoras serían tan certeras.

—Sí, mucho. —Con esa respuesta, y papá dándome apoyo colocando su mano sobre mi hombro, creo que es suficiente. Demasiado para mí por hoy.

—Harás que los pobres se congelen, amor, déjalos pasar ya. —La señora Anthony, madrastra de Skyler, se asoma detrás del pilar de piedra oscura que hay al finalizar la escalera. Lleva su cabello pelirrojo tomado y un maquillaje que la hace ver más joven que yo. Al quedarme observándola durante tantos segundos, esboza una sonrisa—: ¿Te acuerdas de mí, pequeña? Soy Brenda, ahora la madrastra de Sky.

Asiento en respuesta.

Claro que lo hago. Ella atendía la recepción del hospital, así que siempre me tocaba hablarle para entrar a verla. También estuvo ahí cuando mamá empeoró. Como añadido extra, cabe decir que Skyler siempre la insultaba entre dientes porque decía que había provocado el divorcio de sus padres.

El padre de Anthony nos lleva a la entrada y nos abre la puerta hasta atrás para que podamos pasar con las maletas. Soy la última en entrar; no porque mi maleta pese una barbaridad, sino por lo extraña que me hace sentir volver a pisar la casa de Skyler.

Solía pasar buena parte del tiempo aquí, jugando entre las habitaciones, viendo alguna película, hablando de cualquier tontería que se nos ocurriera, pretendiendo ser adultas probándonos ropa y maquillaje, grabándonos con la fantasía de que llegaríamos a ser grandes directoras de cine y riendo porque decíamos alguna grosería. Conozco cada rincón de esta casa, desde sus habitaciones empolvadas por el tiempo hasta bajo la escalera del sótano.

A primera vista no ha cambiado mucho, conserva la escena de casa antigua. El piso de madera sigue crujiendo bajo mis zapatos con cada pisada, las paredes continúan conservando su color verde, los cuadros empolvados siguen en su sitio y las pequeñas lámparas de araña mantienen su singular belleza. Entre sus cambios puedo ver que los muebles están renovados, que el olor a lavando ha desaparecido, que todo lo que me parecía una grandeza ahora es una pequeñez y que la enorme pintura familiar situada sobre la chimenea de piedra ya no está.

—¿Tienen hambre? —pregunta Brenda a medio paso de cruzar el arco hacia la cocina.

Papá responde por mí. Dejamos las maletas en la sala de estar y luego el padre de Skyler nos invita a sentarnos en el comedor; él se pone en la cabecera, Brenda a su diestra, papá a su izquierda y luego yo. Una mujer y un hombre de cabello cano y vestidos de oscuro traen una bandeja platinada con las tazas y el pan. No recordaba que tuviesen asistentes.

Me permito pasar de la incógnita sobre los asistentes para saborear el chocolate caliente. Pese a no ser adepta a las cosas dulces, tengo que admitir que el sabor del chocolate está exquisito, tanto como los que me hacía mamá.

El silencio solo se detiene con el sonido de las tazas al colocarse sobre los platos, los sobeteos discretos, las respiraciones ásperas y un lejano cantar de pájaros desde el exterior.

—Es bueno tener compañía en la mesa —se anima a decir Brenda—, esto ha estado muy silencioso desde que Skyler desapareció.

—Eran más discusiones que conversaciones gratas, cabe decir, pero discusiones desde la boca hacia afuera —repone el señor Anthony. Deja su taza sobre el plato y apoya cada mano sobre la mesa. Sus ojos grises, que

antes destallaban cierta vida, se oscurecen hasta perderse en lo que parece ser una migaja de pan—. La mañana del viernes me pidió dinero para salir con su novio, le dije que no, discutimos hasta que se levantó de la mesa y se marchó. A las 8:00 me llamó para avisar que llegaría tarde, que habría una fiesta en el hotel La Cumbre, esas fiestas que hacen los adolescentes, luego se disculpó por su actitud y dijo que me amaba. Siempre con su «te amo». Como me sentía molesto, solo la oí. —Exhala entrecortadamente, con su barbilla arrugándose. Tensa la mandíbula y los hombros. Brenda toma su mano para reconfortarlo—. Ojalá la hubiese llamado para decirle que se cuidara.

—Buenas noticias llegan de forma inesperada, malas también. Nadie se puede esperar nada —añado de manera cruda. Siento el pisotón que papá me da bajo la mesa—. No se culpe por eso.

—Pude haberle dicho que la quiero.

—Estoy segura de que ella lo sabe, amor. —Brenda vuelve a su taza y yo a la mía.

—No puedo creer que la policía no quiera hacer nada hasta dentro de diez días —suelta papá—. ¿Por qué así?

—En caso de que Skyler haya decidido escaparse. Me dijeron que generalmente, cuando un adolescente se escapa, llama a sus familiares o cercanos dentro de esos días para pedir ayuda, volver o para informar cómo está. Es ridículo.

Y es errado, aquellas denuncias pueden emitirse el mismo día de la desaparición.

—¿Crees que Skyler haya querido fugarse? —Brenda me mira desde el otro lado de la mesa. Me ha tomado por sorpresa, no venía con intenciones de justificar las acciones de Skyler.

—Desde pequeña Skyler siempre quiso vivir en una ciudad más grande. Tenía la fantasía de fugarse algún día para participar en alguna audición y hacerse famosa. Sin querer ofenderlo, señor Anthony, yo creo que escapó.

Otro pisotón.

—Niña soñadora, como su padre. —Papá oculta su disgusto ocultando su medio rostro con la taza.

—Lo es —una sonrisa cariñosa se cuela en los labios del padre de Skyler. Ya su mirada es más centrada y el destello en sus ojos vuelve. Me permito detallarlo con cuidado, descubriendo que su nariz ha sufrido un cambio: la

tiene torcida—. Soñadora como ninguna otra, pero en todas sus fantasías siempre está acompañada de Dreeven.

La sola mención de Dreeven provoca que tosa, como si una bola de pelos estuviera estancada en mi garganta y la apretara a tal punto que no me dejara respirar bien. Papá se alerta, se inclina para comprobar mi estado y me da palmadas en la espalda. Sacudo la cabeza para indicarle que estoy perfectamente y no dejar entrever que el extraño nombre de Dreeven surca un inesperado efecto en mí.

—¿El niño Reveck? —pregunta papá dirigiéndose a su viejo amigo— ¿Siguen juntos después de tanto tiempo?

—Nunca se han separado, siempre hacen todo juntos. Están sumamente enamorados. O así parecía. Según supe, la noche que Sky desapareció, los vieron discutiendo. De igual manera, Dreeven ha movido mar y tierra en busca de Sky.

—El pobre chico está muy afectado, se culpa por haberla dejado sola. Sawyer estuvo molesto con él por eso.

—Casi pierdo los estribos. No volverá a pasar.

—Eso espero, amor —le dice Brenda, tras perfilar una extraña mirada hacia papá—. Bueno, ya casi son las 10:00, tengo que ir a trabajar. Siéntanse cómodos en la casa —nos dice a papá y a mí. A continuación, se despide del señor Anthony con un beso en la mejilla y sale del comedor.

La mano de papá se agita de lado a lado frente a mí. Tal parece que me he sumergido en otro de mis pensamientos. No, mejor digo en recuerdos que siguen naufragando en mi cabeza, trayendo a mí vestigios que no quiero.

—¿Qué sucede?

—Nos van a enseñar nuestras habitaciones, Harrell.

El señor Anthony nos aguarda en el inicio de la escalera. Me levanto del sofá para seguir a papá.

Recuerdo bien cómo era la segunda planta de la casa, también las puertas de las habitaciones para invitados. El pasillo largo en el tapiz verde sigue allí, tal cual ocupaban mis pensamientos. La primera puerta a la izquierda es la del baño; la primera puerta a la derecha es el despacho; las

segundas puertas son habitaciones, la tercera puerta a la izquierda es para huéspedes; la tercera puerta a la derecha es otro baño; la cuarta puerta a la izquierda es una puerta para huéspedes, donde dormiré desde ahora, y frente a ésta se encuentra la habitación de Skyler.

Mi enorme maleta está sobre la cama, a su lado se encuentra mi mochila. Cuando quedo sola en la habitación me siento sobre la cama y busco en mi mochila la cámara. Tal parece que está en orden. La enciendo y comienzo a grabar mi alrededor como prueba. La habitación es simple, incolora, con una cama de dos plazas, cubrecama violeta, dos almohadones del mismo color, un escritorio pequeño, una silla, un armario de puertas corredizas, hay una ventana que da hacia la calle, bajo ella un sillón gris.

Paro de grabar al visualizar a través de la pantalla la puerta que se encuentra cruzando el pasillo: la habitación de Skyler.

Me pongo de pie y camino hacia ella.

Es blanca desde siempre, con un pomo dorado del que Skyler, dentro de su fantasiosa imaginación, decía ser de oro. A una altura prudente lo que parece ser un atrapasueños cuelga desde un clavo pequeño, solo que este en el centro tiene la forma de un árbol.

Árbol, árboles, bosque. Nos encantaba el bosque, pese a nunca atrevernos a entrar.

Vuelvo a mi habitación sin hacerme ánimos de nada. Me recuesto sobre la cama, cierro los ojos y… los abro. El sonido de un mensaje me hace saltar del susto. Busco el celular en mi mochila, extrañada. Papá había dicho que aquí la cobertura es pésima.

Con el celular en mis manos veo la notificación que me ha llegado.

Es de Skyler. La jodida y desaparecida Skyler Anthony.

Abro el mensaje y leo: «No debiste venir, Moni».